

Fuimos a visitar la obra de Clorindo Testa, sin embargo, descubrimos al mejor evangelista de la modernidad, a un Amancio Williams convencido de los predicamentos de Le Corbusier, tan convencido o más que el propio maestro suizo. Tanto que sólo construyó una obra y media. Sus cartas no pueden ser más claras y vocacionales.

Por otro lado, Mario Roberto Álvarez, el sensato, levantó lo que a Clorindo no le dejaron y lo que Amancio no pudo, es decir, mucho.

Tuvo que llegar a Buenos Aires un catalán de adopción, Helio Piñón, para situar, con su monografía (2002), a Álvarez en lo alto de la arquitectura de una capital con poco menos de doscientos años de independencia.

Me permito ahora decir que un sobresaliente seguro, en esta ciudad de extraordinarios notables, es otro catalán, Bonet que en 1938 le dio sentido a una esquina de la calle Paraguay (ver nº 8, pág. 83).

En el interín un bife de chorizo en El Obrero, junto al riachuelo. No confundir con la casa chorizo, estrecha, muy estrecha y alargada hasta el interior de la manzana.

A lo largo de dos viajes, tuvimos la oportunidad de llegar al corazón de dos Buenos Aires antagónicos. El primero, el oficial, nos lo mostró Alberto Petrina, la reencarnación envolvente y persuasiva de un jesuita del siglo XVII, autor de la mejor guía de la ciudad y Director Nacional de Patrimonio. Culto, porque ha leído, e interesante, porque ha escuchado. El mejor invitado a una recepción de la embajada. "En tu lista no puede faltar el edificio Kavanagh", dijo. Todavía no estoy muy seguro de si era una sugerencia o parte de la doctrina. Por si acaso no hemos asumido riesgos (ver nº 10, pág. 83). Un hombre complejo, un amigo.

El segundo nos lo enseñó un taxista fundamentalista del Boca que se aventuró a dejarnos en el barrio de viviendas marginales de Dock Sud, al otro lado del transbordador a Avellaneda. Sólo alguien del Boca Juniors se atrevería. A pesar de su arquitectura salvaje, poderosa e incomprensiblemente anónima, tuvimos que salir corriendo de allí con un par de fotos robadas. Llevamos tres meses llamando al Instituto de la Vivienda de la Provincia de Buenos Aires tratando de averiguar su autor. Imposible, imprescindible. (ver nº 15, pág. 83).

We went to visit Clorindo Testa's work, yet we discovered the best evangelist of modernism, an Amancio Williams convinced of Le Corbusier's predicaments, as convinced or even more than the actual Swiss master. So convinced that he only built one and half pieces of work. His letters couldn't be clearer or more vocational.

On the other hand, Mario Roberto Álvarez, the sensible, raised what Clorindo was not allowed to and Amancio was not capable of. That is, a lot.

Helio Piñón had to arrive in Buenos Aires in order to place Álvarez, with his monograph (2002), at the top of the architecture of a capital with little less than two hundred years of independence.

I will now allow myself to say that an outstanding certainty, in this city of extraordinary notables, is another Catalan called Bonet, who in 1938 gave meaning to a corner in Paraguay Street (See no. 8, page 83).

Meanwhile, a chorizo steak in El Obrero, beside the stream. Not to be mistaken with the casa chorizo, narrow, very narrow and long, up to the inside of the block.

During two trips, we had the opportunity of reaching the heart of two antagonistic Buenos Aires. The first, the official one, was shown to us by Alberto Petrina, the persuasive and embracing reincarnation of a 17th century Jesuit, author of the best city guide and National Director of Heritage. Educated, for he has read, and interesting, for he has listened. The best guest to an embassy reception. "You can't leave the Kavanagh building out of your list" he said. I am still not sure whether it was a suggestion or part of the doctrine. Just in case, we took no risks (see no.10, page). A complex man, a friend.

The second was shown to us by a Boca fundamentalist taxi driver that ventured to leave us in the deprived neighbourhood of Dock Sud, on the other side of the ferry to Avellaneda. Only a Boca Juniors supporter would dare. Despite its wild architecture, powerful and incomprehensibly anonymous, we had to run out of there with only a few snatched shots. We have been calling the Housing Institute of the Province of Buenos Aires for three months, trying to find out who is the author. Impossible, indispensable. (See no. 15, page 83).